

nes sin poner el conato en otra cosa. Tienen entre ellos grandísimas competencias sobre la mejoría de sus ritos, y ceremonias; y allí, los que adoran los astros, murmuran á los que veneran á los rios, y estos hacen burla de los que dan adoraciones á los cadaveres inmundos, y los que no reconocen dios alguno, se rien de todos, y á la verdad que á unos, y á otros debemos tener mucha lastima, pues caminan por tan erradas sendas á los infernales abyssos, viviendo todos en perpetua ceguera, y careciendo de la verdadera luz sus miserables, é infelices almas.

CAPITULO VIII.

Refiere las propiedades de los Caribes, y de las habilidades, que tienen.

Sobra á los Indios barbaros de esta Provincia de agudeza en los exteriores sentidos, lo que les falta de discurso; pues los tienen tan vivos, y eficaces en sus operaciones, que dudo aya hombres en el mun-

do, que les igualen: tienen la vista muy aguda, y allí de grandísimas distancias divisan algunas cosas, que á no experimentarfe, se dudaran. Acontece muchas veces caminar con estos Indios, y decir, por tal camino viene á caballo un hombre en una bestia de tal color, y por mas, q los pasajeros se despeñan, por registrar lo que el Indio les ha dicho, no pueden conseguirlo, y passadas mas de dos horas suele llegar el caminante con la bestia del color, que dixo el Indio. Si un venado, ó otro animal se mueve en algun cerro, le descubre su vista con facilidad admirable, y le persiguen, hasta cogerle, siendo sus ojos los seguidores de la mas distante caza: tan agudos son en el mirar, que, para coger los panales de miel, de que sus tierras abundan, se ponen debaxo de algun arbol, y en viendo, que passa alguna aveja, la siguen, sin perderla de vista, aunque vaya de ellos gran distancia, hasta que la veen parar en el lugar, endonde tiene su miel, y se aprovechan de su dulzura. Quando estan en espia, para coger á los incautos pasajeros, suben á lo mas empinado de los cerros, y des-

desde allí, divisan los caminos, reconocen la gente, que viene, y si vienen con prevención, ó defarmados, y lo registran todo con tanta certeza, como sino huviera distancia.

El oido es tambien vivísimo, y allí qualquier estrepito es sentido de ellos, aunque se aya ocasionado de muy lexos: para saber, si vienē algunos compañeros, que esperan, si es de noche muy obscura, que no pueden valerse de la vista, pegan el oido en la tierra, y en distrito grande oyen las pisadas, y reconocen venir ya cerca, los que aguardan.

Son grandes observadores de los Aíros, porque como siempre duermen á Cielo descubiertos, y estan hechos á mirarlos, se maravillan de qualquier nueva impresion, que registran en los Cielos: y observan asimismo los temporales, ó ya por las diversas mociones de las aves, y animales, ó por otras naturales observaciones, pronosticando con mas verdad, que los reportorios, quando ha de aver lluvias, ó tempestades; y quando seran los yelos mayores: que las aves, y animales suelen ser en algunos ca-

los maestros de los hombres; y allí las divinas letras aconsejan, que vayamos á aprehender en las escuelas de las hormigas, y abejas, siendo capaz la pequenez de estos animalejos á dar lecciones á los racionales, que por esto el Poeta llamó á la naturaleza madre de los brutos, y madrastra de los hombres: *NATURA BRUTORUM MATER, HOMINUMQUE NOVERCA*: porque muchas cosas le facilitó á su instinto, que no las llega á imaginar nuestro entendimiento, y suelen los animales, reconocer las mudanzas de los tiempos por su instinto con mas certeza, que nosotros con todo nuestro discurso.

En lo que toca al conocimiento de tierras, rios, montes, y distancias son aventajadísimos los Indios de esta Provincia, porque, donde nosotros, con seguir caminos reales, y llevar buenas guias, nos perdemos, ellos jamas se pierden, y tienen grande comprehension de los parages, y rumbos, donde se hallan: es esta verdad tan experimentada, que, quando los Españoles assaltan algunas rancherías de Indios, allí del Reyno de Leon, como de la Vizcaya,

caya, en castigo de sus crueldades, è insultos cogen prisionera á la gente, y á todos los pequeños de uno, y otro sexo los sacan á la tierra fuera á las Ciudades, para criarlos, y enseñarles á vivir en nuestra Ley Christiana, criandolos politicamente, para que olviden la barbaridad, en que nacieron, y suele suceder llevar muchos á la Ciudad de Mexico, que dista mas de doscientas leguas de sus tierras, y los que se pueden escapar despues de algunos dias, en medio de ser pequeños se huyen, y fuera de los caminos sustentandose de sylvestres raizes, y sufriendo la sed algunos dias, se vuelven á sus tierras, llevando fixo el rumbo adonde intentan, sin que tanta multitud de leguas los haga perder el tino, cosa, que admira á los Españoles, porque cada dia se experimentan en este Reyno lastimosas perdidas de hombres, que de sed, y hambre perecen en estos desiertos, y los barbaros Indios, aunque sean de poca edad, caminan toda la tierra, hasta llegar á la en que nacieron, sin temor de perdida alguna, y como si no huviera distancia, y sin sacar

para su viage bastimento alguno, cosa, que por experimentada cada dia, no hace en esta Provincia novedad alguna: pues en diciendole á un Indio de las Misiones de la Vizcaya, que lleve una carta á Mexico, adonde ay trescientas leguas de distancia, aunque jamas aya salido de la Mission, en diciendole, que el rumbo de Mexico es el Oriente, no necessita de otra prevencion para su viage.

Es tanta la vivacidad de los sentidos de estos barbaros, que, assi como los perros rastroeros sacan á sus dueños por sus huellas por su natural instinto, de la mesma manera hallan por el rastro qualquiera cosa, que buscan, sea hombre, ò animal, aunque camine sobre hierbas, y sobre piedras, donde no puede estampar sus vestigios, ni resquicio, por donde pueda conseguirse, lo que se busca. Esta noticia ha sido, y es muy proficua en este Reyno, assi para librarse de sus hostilidades, y crueles asechanzas, como para encontrar muchos, que despues de aver cometido algunos delitos, salen huídos, para donde no seã conocidos: sucede cada dia, que hurtan, aun los Indios de los

Puc-

Pueblos, las hijas, ò mugeres de otros Indios, y aunque lleven dos, ò tres dias adelantados los fugitivos, como al Indio rastroero le pongan en el rastro por donde, salieron, los saca por él, aunque ayan caminado por entre piedras, haciendo semicirculos, como lo experimentè el tiempo, que fui Cura en la Ciudad de S. Luis, donde avisandome de algun fugitivo, luego hacia buscarle por el rastro. Lo mesmo me sucedia, quando visitaba la Provincia, en los despoblados caminos de los presidios, endonde caminando, solian avisarnos los Indios escolteros, que avia rastros frescos de Indios alzados, y mirando yo con atencion las partes, que señalaban, advertia los vestigios casi imperceptibles de los Indios, y ellos, caminando á toda prisa, con la vivacidad de su vista lo notaban todo.

Aun es para admirar mas, que de noche puedan descubrir los rastros de los alzados Indios. Succedio á un Religioso de esta Provincia, digno de toda creencia, el siguiente caso: caminaba dicho Religioso con dos Indios bozales de una Mission para un Convento, adonde le

neg

Z

avia señalado la obediencia, hizo noche en un paramo, apartado del aguage, y del camino, porque no diessen con él los Indios Caribes, que solian hostilizar aquellos contornos; era la noche tan obscura, que apenas podia divisar los arboles mas cercanos: recogido el Religioso, llegaron los Indios astutos, y le dixeron, que se levantasse á toda prisa, porque avia Indios en la tierra, frase con que ellos se explican, para decir, que ay Indios barbaros enemigos, y que lo avian conocido en los rastros, que en las hierbas avian registrado: hizo le fuerza al Religioso, que con noche tan obscura pudieran registrar los rastros en las hierbas, aunque en la vista fuerã lynces: mas, como el miedo de la muerte aviva las creencias al mas incredulo, no dexò de darle golpe la eficaz persuasiva de sus vocales Indios, y entre creyendo, y dudando montò á caballo á toda prisa, y anduvo como veinte leguas aquella noche, estimulado del miedo, que le daba alas para la huida: llegò como á las ocho del dia á una hacienda, donde determinò que- darse, para descansar de la mala

no-

noche, y como à las cinco de la tarde llegaron las noticias de averse llevado los Indios barbaros la caballada, y de aver muerto dos baqueros, que la cuidaban, en el mesmo sitio donde avia parado el Religioso: de cuyo suceso infiero el mucho conocimiento, que tienen los Indios en el campo con los rastros de los Caribes, aun en lo mas obscuro de la noche, pues por medio de el se librò este Religioso de caer en sus sangrientas manos; cogiendo Dios por instrumento à la rudeza de unos bozales Indios, para librar de caer en manos de otros mas crueles al Religioso, que como dixo Origenes en el libro de las virtudes: usa Dios de instrumentos viles muchas veces para nuestro amparo, y defensa; por esta razon se passan estos caminos desiertos con escolta, y vigilancia, porque caer en manos de los Caribes, es lo mesmo, que tener segura una atrocissima muerte.

Quando los Españoles tratan de salir à alguna campaña en busca de Indios Caribes, para castigar sus crueles hostilidades, el medio, para hallarlos en las montañas, y asperezas, que

habitan, es, valerse de Indios de nacion diversa, que, como tengo referido, casi todas reciprocamente son enemigas; y con alguna cantidad de esta gente, que llaman Indios amigos, salen à hacer pressa en ellos, porque, si no se valieran de rastros tan diestros, tengo por imposible, que los pudieran descubrir, segun se saben abrigar de quebras, cañadas, y espesuras, por caminos debiles, y casi impertransibles; pero, como los Indios amigos son cuñas del mismo palo, tienen la mesma inteligencia, que los enemigos, y les siguen los rastros, y observan las pisadadas con toda cautela, y en reconociendo, en que parage hacen noche, les dan à los Españoles aviso, y los van guiando, hasta tenerlos muy bien cercados, y assi que los nuestros apellidan Santiago, comienzan los Indios auxiliares à flecharlos con grandissima crueldad. Y no quedan contentos con verlos derramar su sangre, si no que, ansiosos de verter mas sangre humana, cogen à las pequeñas criaturas, y contra las peñas, y troncos les hacen pedazos las cabezas, sin perdonar edad, ni sexo; y assi es preciso, que pongan

gan gran vigilancia los Cabos de los Españoles, de que los Indios auxiliares no lleguen à la chusma de niños, y niñas; porque, à quantos pueden aver à las manos, sin remedio alguno quitan atrocmente la vida; y como la gente Española es politica, y christiana, solo pretende castigar à los Indios crecidos, matando tan feroces enemigos, que barbaramente crueles lo fallan todo; pero à la gente moza la aprisionan, y sacan à las Ciudades, y Villas, para que con la crianza muden de costumbres, y se baptizen, y esto es, lo que continuamente observan en las campañas; y assi suelen los Españoles tener mas que hacer en esforvar, que los Indios amigos no consuman toda la chusma, que en pelear con los Indios barbaros, que buscan; y si en el asalto se huyen algunos de los enemigos, procurando escapar las vidas en las fragosidades de los mas empinados montes, ò en las profundidades de sus barrancas, no les fuele valer à los miserables esta diligencia, porque los Indios amigos les siguen las huellas, y los sacan de rastro, aunque esten en los mas intrincados retiros, y alli les

quitan la vida, trayendo las cabezas à nuestro campo, para que conozcan los Españoles, que les son fieles, y quitandoles los cascos con el pelo, se los llevan à su Pueblo, para baylar el mitote en compañía de sus parientes con las cabezas de sus enemigos en señal del triunfo; suelen hacer comer, y beber los sesos, y sangre de sus padres à los innocentes niños, que les toca de la pressa, para que aborrezcan (à su parecer) à los de su sangre, y no se huyan de las cascas, donde los crian, lo que no pueden en las campañas remediar los Indios auxiliares; pero la lastima es, que los que oy son amigos, mañana son fieros contrarios, y es necessario buscar otros Indios auxiliares, que hacen la mesma diligencia con ellos al abrigo de las armas españolas, que les infunden valor, y esfuerzo, como con el contacto de la tierra lo recibia Anthèo, segun la erudición profana.



CAPITULO IX.

Dáse razon de los exercicios de estos Indios, y prosiguese la materia de sus costumbres impias.

Quando los discursos de los hombres son mas rudos, son en las traiciones, y cautelas mas aventajados; por esta razon se dice como adagio comun en nuestra España: que no ay tonto, que no sea malicioso, y les conviene à estos Indios à la letra, pues siendo de discursos tan rudos, como queda referido, todas sus acciones son maliciosas, y de cautela: estas las practican cada dia, assi en los crueles designios, con que persiguen à los hombres, como para coger los incautos animales, de que se sustentan; pues ni las remontadas aves estan de sus astucias cautelosas seguras, ni los peces en las mayores profundidades estan resguardados. Para coger las aves aquatiles en las Lagunas sin dificultad, y con todo sosiego, se valen de un engaño provechoso para ellos, el que executan sin trabajo: echan en las aguas algunas calabazas huecas, ò hua-

ges, andan estas nadando continuamente sobre las aguas, y como las aves las veen todos los dias, les llegan à perder totalmente el miedo, y andan nadando entre las calabazas sin recelo alguno, y quando los Indios conocen, que las aves estan habituadas à andar entre ellas, y que no se espantan, entran en la laguna, y poniendose una calabaza en la cabeza con algunos agugerillos, por donde miran, se llegan à las aves cubierto el cuerpo con las aguas con toda seguridad, y cogiendo à las aves de los pies, las sumergen, y abaxo las van matando, sin que las compañeras sientan rumor, ni se espanten; y assi cogen quantas quieren sin dificultad, ni peligro, siendo las factas las que baxan de la region del aire à las que, por no morar en las aguas, no se cogen con esta cautela.

En los profundos, y caudalosos rios, que ay muchos, donde esta gente mora, tienen diversos modos de pesca, ya echando fuertes hiervas en los hondables, para que sin sentido los peces se sobreaguen, y assi cogen muchos, y muy grandes;

des; ya con sus ligeras factas, que atifvando los bien desde las riberas, los flechan, y heridos de las flechas, salen sobre las aguas à dar en sus sangrientas manos, y aunque no usan anzuelos, ni redes, no les faltan diversos modos de prenderlos. En algunos rios de esta Provincia ay unos animales disformes, que aunque en la realidad no parecen peces, tienen sus propiedades, y moran en las aguas, aunque tal vez salen à tierra, y andan por ella: à estos llaman por aca Caymanes vestidos de duras conchas, y con dos ordenes à lo menos de agudos, y fuertes dientes, y de tanta fuerza en ellos, que suele suceder, llegar un fuerte, y robusto toro à beber à los rios, donde habitan los Caymanes, y al meter la boca en las aguas, hacer el Cayman presa de ella, y tirandole hasta lo profundo, le despedazan, y se le comen, y aun, si los hombres se descuidan en tales rios, los suelen hacer pedazos sin remedio, executando las mesmas atrocidades en la tierra, que en el agua, y en uno, y otro elemento han ocasionado notables desgracias.

A estos feroces semipeces cogen con toda facilidad los Indios, y me lo han referido Religiosos fidedignos; lo que hacen, para cogerlos, es, formar una estaca de encino con agudas puntas en uno, y otro extremo, y amarrada esta con un cordel, ponen en medio el cebo, y metiendose el Indio en la agua con esta estaca en la mano, assi que sale el Cayman, le muestra el cebo, y el brazo; abre el semipez la disforme boca, que es crecidissima, y abierta, y el astuto Indio le pone delante la estaca, y aun se la mete en la boca, y haciendo con violencia pressa en ella, se clava por una, y otra parte el madero, y queda preso, y sin poder huir de la petada burla; tira del cordel el Indio, que està asido à la estaca, y como el dolor es grande, le hace caminar con mucha pressa, y sacandole à tierra, le lidian, como pudieran un toro, hasta que le cansan, y se desangra, y finalmente pierde en el juego la vida: invencion por cierto bien arresgada, y que solos los barbaros, que no saben estimar sus vidas, pueden usar semejantes entretenimientos.

Para

Para la caza de Venados, y otros animales, de que continuamente se sustentan, tienen notables astucias: cogen la cabeza de un Venado muerto, y poniendole en los ojos una frutilla, que viva, y naturalmente los representa, escondiendose entre las crecidas hierbas, descubren solamente la cabeza, y fingiendo la voz de los simples animales con propiedad, engañados del reclamo, se vienen a ellos, dōde los matan a flechazos, y son en esto tan diestros, q̄ en una ocasion, que fui a la Sierra de Durango, a cortar madera, para entarimar la Iglesia, y hacer la mayor parte del Convento, vi la destreza de los Indios en cazar estos animales, y en menos de una hora entre pocos mataron cinco Venados, que es prueba de la facilidad, y destreza de cazarlos.

A las viboras, culebras, y Alicantes ponzoñosos, de que ay abundancia en estos campos, tienen poquissimo miedo, y las cogen para sus fiestas, y cosiendoles muy bien las bocas, sin que las puedan abrir, se las enredan al cuello, cuerpo, y brazos, formando un horroroso espectáculo con la variedad de

tan inmundas, y abominables fieras, y el que faca mas numero, y con mayor deformidad, es tenido por mas valiente, y de mejor gala, formando entre si competencias, sobre qual ha de salir mas horroroso, y cargado de semejantes abominaciones, y si por accidente los muerde alguna vibora, la cogen por los extremos apretadamente, y la mactan, y quebrantan todos sus huesos con sus dientes, hasta matarla, juzgando, que por este medio no moriran de la mordedura, pero a su pesar mueren muchos con la eficacia del veneno, sin que les valga el abuso.

Tambien tienen natural antipatia con algunos animales, y son demasadamente agoreros, y como entre los gentiles politicos fue la corneja infausito signo, como advirtio el Poeta, y aun entre Christianos, poco advertidos, se tiene susto de la funesta voz del BUHO, LECHUZA, y otras aves nocturnas; assi estos Indios, en oyendo gemir al Tecolote, luego conciben algun mal suceso, y se atemorizan demasadamente, con que procuran exterminar la especie de semejantes aves, y que

no

no las aya en sus tierras, pero no nos debemos admirar, de que esta rustica gente crea sus abusos, quando entre Christianos politicos se admiran, y observan tantos presagios de infelicidad, no solo en el canto de nocturnas aves, sino en otros naturales accidentes, que ni indican, ni pueden indicar otro infausito suceso, que el temor, que de semejantes ridiculezas conciben, pues a lo menos, tener aquel susto sin fundamento, es especie de infelicidad, por lo que atormentan a los agoreros.

Querer reducir a los Indios a dexar semejantes abusos, es lo mesmo, que oponerse al raudal de un impetuoso rio, porque no solo no los mueven las razones mas eficaces, pero ni creen las experiencias, que tienen contra sus costumbres; y assi es perder palabras, ponerse a impugnar sus abusos, porque querer reducirlos a razones, es querer pedir al ciego vista, al mudo habla, y sabiduria al bruto, imposibles, que numera la pluma de San Cypriano; y aunque muchas personas de nuestra España, especialmente mugeres, tienen, si no mas, a lo menos tan-

tos abusos, y vanas observaciones, como estos Indios, como lo vemos en lo que practican la noche de San Juan, y en otros dias; pero una vez, que les afeen sus abusos los hombres timoratos, y entendidos, deponen del todo semejantes supersticiones; pero nuestros Indios cada dia mas obstinados en sus errores, y abusos inseparables de las deprabadas costumbres, con que se criaron: en confirmacion de esto referiré el siguiente suceso.

Sacaron a un Indizuelo de tierna edad de entre los gentiles del Reyno: aprendio la Doctrina Christiana facilmente, y reconociendo un Religioso ser aguil, y de alegre natural el Indio, le tuvo en su compania, hasta que se ofrecio pasar a los Reynos de Castilla, llevole consigo, y le fue asistiendo con toda promptitud, y fidelidad: estuvo en España algunos tiempos, y concluidos los negocios, a que avia ido, se volvio a estos Reynos con el Indio. Quando volvio, se vino el Indio a la Ciudad de Monte-Rey, donde por diversion le preguntaba el Gobernador de lo que avia visto en la Corte,

y

y otras Ciudades de Castilla, y daba razon el Indio, como el mas ladino Europeo: estando en una ocasion de estas hablando con el Gobernador Juan de España, que assi se llamaba el Indio, llegaron unos Soldados con una pressa de Indios enemigos, que traian en collera por algunas muertes, que avian hecho, y mirandolos Juan de España atentamente, dixo al Gobernador estas discretas palabras: es possible, Señor, que estos mis parientes están en su barbaridad tan obstinados, cometiendo cada dia tantos insultos! A la verdad, que si huvieran tenido la dicha, que yo, que me crié entre Españoles, y he visto la politica, que en España se usa, que huvieran perdido tan bellacas mañas. Esto dixo nuestro Indio Juan de España, quien no discurrirá, atendiendo sus palabras, la fidelidad de ellas, su buena christiandad, y inclinaciones, y el horror, que demostraba tener à las barbaras costumbres de sus parientes los Indios? Pues todo lo contrario se verificó de este desdichado, porque aquella mesma noche faltó de la Ciudad, y no discurriendo, que se huviera hecho Juan

de España, al cabo de muchos dias, dando los Soldados en una Rancheria de gentiles, por aver executado muchas atrocidades, muertos ya muchos de los barbaros, empezó aclamar en lengua Castellana Juan de España, diciendo, que no le matassen, con que le cogieron con la demas pressa, y le traxeron en una collera con los otros barbaros à la presencia del Gobernador, que se maravilló de tan no esperado caso, y reconviniéndole con las palabras, que avia dicho contra sus compañeros, respondió, que el natural le avia llamado à sus naturales, y barbaras costumbres, pidiendo perdón del hierro cometido. El Gobernador piadoso, aunque hizo justicia con los otros, à este le perdonó la vida, y lo embió penitenciado à servir de hortelano à nuestro Convento del Saltillo, donde perseveró hasta su muerte; con que se prueba, lo que puede el natural, y depravada costumbre de estos barbaros.

No solamente en los barbaros ay semejantes costumbres, y abusos, sino que aun pasan las supersticiones à los Indios ladinos, y Christianos: pues como

mo he notado en otra parte, tienen por cierto, que han de morir, en manifestando alguna mina, de las muchas, que saben, y encuentran en los montes, de lo qual tenemos muchísimos exemplares. Sucedió en una hacienda de baqueria, llamada el Cedral, que, aviendose perdido entre las espesuras una baca, salió un Indio de poca edad à buscarla, y aviendo subido algunas lomas, vio algunas piedras de buen parecer, y echó algunas de ellas en un zurrón. Vino à la hacienda, y mostró las piedras, que traía, à algunos de los Españoles, inteligentes en los metales, y assi, que las reconocieron, se imaginaron ricos con la prosperidad, que las piedras prometian: ensayaronlas por fuego, y hallaron tener la mitad de plata: preguntaron al Indio, de que parte avia cogido aquellas piedras, y él respondió, que los llevaria al lugar, donde avia una caudalosa veta de semejantes metales: erraron, en no ir al instante, que huvieran logrado una de las mayores riquezas, que se han descubierta en estas partes: fuese à comer el Indio à su casa, para ir despues à descubrir à los

Españoles la veta. Dixo à su Abuela, q̄ le despachasse presto, que tenia q̄ ir à mostrar una mina à los Españoles: assi que la vieja supersticiosa oyó la resolution de su nieto, comenzó à llorar, y mecerse de los cabellos, diciendole, que sin duda moriria, por manifestar aquel thesoro, en breve tiempos: tales persuasiones le supo hacer la maldita vieja, trayendole exemplares mentirosos de sus antiguos, que quedó resuelto el Indio à dexarse matar primero, que descubrir la riqueza à los Españoles, los quales, viendo, que tardaba en buscarlos, como lo avia prometido, fueron à su casa muy agenos del arrepentimiento del Indio: instaronle, que fuese, y dixo, que no se acordaba, en que parte avia cogido aquellas piedras, rogaronle con amor, y blandura, que les descubriese el sitio, pero él siempre negativo; viendo, que no servia la blandura, se valieron del rigor del castigo, y quanto mas le castigaban, se hacia mas obstinado, sucediendo à su rebeldé natural, lo que S. Augustin dice de Pharaon: *EX AFFLICTIONE DURIOR*, y viendo, que no avia medio, para

ablandar su rebeldia, le dexarõ, y se desaparecio hasta el presente dia: esto sucede cada dia en estas partes con los Indios baxales, que en ellas moran, y aunque entre ellos es un error muy craso, pero se estiende este diabolico abuso à los Indios catholicos, y muy ladinos.

Sucedime, predicando la Quaresma en el Real del Fresnillo, que vino à la casa, donde yo possaba, un Indio muy capaz, en busca mia, para que le confessara à la tarde en su Parrochia, dixele con amor, que le confessaria de buena gana: y me parecio en las muestras que daba de arrepentimiento, que estaba muy radicado en la Fe, y que solicitaba de veras la salvacion de su alma; à los dos dias, despues de averle confessado, con gran secreto, y de noche me buscò, y me diò un costalito de piedras, diciendome, que no tenia otra cosa, con que mostrarse agradecido al beneficio, que le avia hecho, que me daba aquellas piedras, para que adquiriera un poco de chocolate con la plata, que sacasse de ellas, y me suplicò, que no dixera, quien me las avia dado, porque de saberse, le avia

de negar con todo empeño. Preguntèle, si tenian buena ley aquellas piedras, y me asegurò, que no baxaban de veinte marcos por quintal, como lo veia: persuadite, que juridicamente denunciara la mina en su cabeza, que yo le buscara, y solicitaria para su avio à D. Christoval de Aregui, hombre muy acomodado, y de quien todos sabian, que era el Padre de los Pobres del Fresnillo, à que me respondió el Indio: Padre, no te canfes en persuadirme, conozco à esse Cavallero, y es, y ha sido el aylo en mis necesidades, y de manifestarla, no la descubriera à otro alguno; pero tègo por evidente, que luego que la descubra, he de morir, y toda mi parentela, y assi no permitas, que me suceda tan grande daño: instèle con las razones, que pude, à que la descubriessè, persuadièdole, detestase su error, y no privara al Rey, y à los pobres de aquel thesoro, que para amparo de muchos queria Dios se descubriessè por su mano, no me valio mi persuasiva, y assi se quedò sin descubrir la mina, y depuse el buen concepto, que avia formado de mi Indio: benefici-

beneficiòme las piedras D. Christoval, sin decir yo de donde eran, y de dos arrobas me sacò doce marcos de plata, quedando admirado de la riqueza, y aunque hablé en otras ocasiones al Indio en la materia, no pude conseguir, que descubriera aquel rico mineral de plata, alegando siempre para su resistencia la muerte suya, y de sus parientes, que daba por asentada.

CAPITULO X.

Dase razò de las sublevaciones, hostilidades, y guerras de los Indios barbaros de la Provincia.

POR la mesma razon, que el Propheta Jeremias se lamenta en sus tristes Threnos de las aflicciones, que le congojan, ocasionadas de la sublevacion de su enemigo, podian los pobres Religiosos de esta combatida Provincia lamentar las desgracias, aflicciones, y trabajos, que continuamente padecen en las repetidas sublevaciones, que han hecho los Indios domesticos, y barbaros, que moran en nuestros Cõ-

mentos, y Pueblos, y los que habitan en las Sierras. Y si huviera de referir por extenso los alzamientos, hostilidades, robos, y tyranias, que padecen muchos lugares de esta Provincia por la barbaridad de los Indios enemigos, fuera necesario un gran libro, lleno de lastimas, y tragedias, que cada dia se experimentan, y ha muchos años, que padecen nuestros pobres Religiosos; pero me contentarè con hacer una leve insinuacion de algunos de sus alzamientos, y guerras, assi por escriptos de Religiosos, que se han hallado entre sus horrorosos insultos, como por clarissimas noticias, que participan cada dia los Ministros, que estan gimiendo debajo del infeliz yugo de sus atrocidades.

El mayor alzamiento, ò sublevacion, que se ha padecido de los Indios barbaros de esta Provincia, fue, el que hizo una dilatadissima nacion, nombrada TEPEGUANA, la qual en su morada se estiende desde la Sierra del Mezquital hasta el Parral, en que habitaba toda la Sierra multitud de Indios en Pueblos muy bien formados hasta adelante de Topia, y muy